

JOHN HAWKES

**LA PATA DEL  
ESCARABAJO**

Traducción: Jon Bilbao

**meettok**

Queda prohibida cualquier forma de reproducción sin autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

Título original: The beetle leg

© John Hawkes 1951

Edición original: New Directions

© Edición española: meettok

© Traducción: Jon Bilbao

2010

Fotocomposición: Imanol Tapia

Diseño: Natali Canas + Lucas Echeveste

Impresión: Michelena, 20115 Astigarraga, Gipuzkoa

ISBN: 978-84-937619-3-6

Depósito Legal: SS.1745-2010

meettok

c/Tejería 16, 20012 Donostia-San Sebastián

[www.meettok.com](http://www.meettok.com)

## EL SHERIFF

*Acuario es pobre. Sagitario es pobre. Virgo es un signo estéril, en el que nada crece. El primer día en que la Luna está en un signo es mejor que el segundo, y el segundo mejor que el tercero. Las semillas plantadas cuando la Tierra está en Leo, que es un signo fiero y también estéril, morirán, pues sólo es beneficioso para eliminar brotes nocivos. No deben podarse árboles ni viñas cuando la Luna o la Tierra se encuentran en Leo. Con toda certeza, perecerán.*

Dejó de leer, marcó la página y comenzó a contar la historia.

Éste es un territorio sin ley.

Durante catorce años lo he vigilado con mis chicos, y ninguno de esos años ha pasado sin que alguno de nuestros ciudadanos, llevado por un impulso negativo, se viera envuelto en un robo o altercado. La gente, al menos la que vive aquí, no ha aprendido a proteger sus casas durante la noche. A muchos de ellos, caras a las que conocía, algunas a las

que no, los he encontrado refugiados en los sitios más impensables: solares, zanjas, debajo del porche. Si yo no hubiera dado con ellos, habría sido otro. Tengo el sueño ligero, siempre a la espera de quienes acuden a mí con noticias.

También hubo una muerte.

Acabas acostumbrándote a llevar siempre encima unas esposas. La llave de nuestra cárcel –sólo tenemos una celda– ha colgado de mi cuello durante estos catorce años. Y todas mis camisas tienen el bolsillo agujereado por el alfiler de la insignia. Algunos hombres no cometen crímenes, pero son capaces de hacerlo. Una vez dos rancheros vinieron a verme en mitad de la noche con un caballo, me exigían saber a cuál de ellos pertenecía. Te habitúas a trabajar en una cárcel. Yo lo hice. Y de algo estoy seguro: esta cárcel nunca albergará a una mujer. Para eso ya existen otros lugares en la ciudad.

Yo era capaz de seguir el rastro de un caballo durante millas, sin necesidad de bajarme de mi camioneta, y una vez me tocó buscar a un hombre que había cometido una violación –quedaban pocas señales en la arena, como si alguien la hubiera removido con un palo–. Aquel hombre pretendía huir a pie, mientras que yo iba conduciendo. O aquella vez en que acudí en ayuda de una mujer que acababa de descubrir a un intruso en su casa. Siempre llevo conmigo mi pistolera y la camisa remangada, tanto en invierno como en verano.

Eran los que no tenían ningún sitio adonde ir

quienes me daban más problemas. Era fácil que esa gente hiciera cosas de las que uno preferiría no hablar, cosas que sucedían o no dependiendo de que llegaras cinco minutos antes o cinco después. Violaban la ley sin dudarlos; simplemente no eran capaces de controlarse. El daño que hicieran dependía de cuánto tardara en darles el alto. A veces ni siquiera se controlaban cuando yo ya estaba allí. Los detenía sin pensarlo. No tenía tiempo que perder con aquel tipo de gente.

Pero nunca detuve a los hermanos Lampson. A otros sí. En este territorio hay familias con una hija, o con un hijo y una hija, incluso con una madre joven o una viuda, y es por ellas por las que me esfuerzo en hacer bien mi trabajo. No me entusiasma la idea de menear la cabeza ante el padre o el marido cuando ya todo ha acabado. No me gusta ver a un hombre que ha perdido a alguien de su familia, ni a uno que ha decidido abandonar a los suyos.

Eso no pasaría con los Lampson. Nadie pensó que pudieran hacer algo que nos avergonzara; al menos, nadie lo pensó hasta que el mayor de ellos se casó. En cuanto al joven, mantiene su historial limpio.

Yo conocía bien al joven.

No es fácil mantener controlada a la gente, estar siempre en guardia. Cualquier cosa –algo que flota sobre cierta calle o casa o sobre cuatrocientas o quinientas millas cuadradas de tierra– basta para que se desvíen del buen camino. Un puño desciende

enfurecido en un rancho sin que haya mediado palabra, y no hay forma de saber lo que ha pasado. Tardas horas en tener noticia de ello. Yo ni siquiera conocía al más joven de los Lampson hasta el día que se casó su hermano. Asistí a la boda.

Pero dos años antes, vi al mayor.

Mi profesión te hace rechinar los dientes. Cuando tienes que atender el papeleo es como si las mandíbulas no te encajaran bien. Dar el alto a los vehículos, aferrar a extraños por el codo y asegurarte de que los locales cierren a la hora debida es una labor de veinticuatro horas. Y además están los sospechosos. Los ojos te arden y te revuelves incómodo cuando vigilas a alguien que está en la celda y que ni siquiera te mira a la cara. O, lo que es peor, quiere hablar. Porque en cuanto tengo noticia de que un extraño ha llegado a la ciudad, aunque parezca inofensivo, debo apresurarme a hacer preguntas. Nunca sabes si en efecto son parientes o amigos de alguien. Una noche, una ventana hasta entonces a oscuras se ilumina de pronto y cualquier cosa puede ocurrir. Te aficionas al café y aprendes a adivinar cuánta gente habrá en el juzgado antes de llegar a él. Y hay que ir con frecuencia. Un hombre comienza a hartarse de ejercer la justicia cuando no sabe a ciencia cierta quién está en la ciudad y quién no.

Pero el día en que lo vi me sentía bien. Nada podría haberme molestado cuando me encontré por primera vez con el mayor de los Lampson. Entonces yo no era más que ayudante del sheriff. Aún tenía que

descubrir todo el daño que puede hacerse en una cocina o en campo abierto.

Respondí a la llamada. Eso me alegró el día porque lo que oí fue la voz de una niña, y supongo que esperaba recibir la noticia de un asesinato o de que a alguien le habían ensartado una mano con una horca.

–Cariño –dije–, voy para allá.

Si ella hubiera sido mayor me lo habría pensado más detenidamente.

No estaba lejos si se iba conduciendo. Pienso ahora en toda la distancia que aquella niñita tuvo que caminar, en traje de baño, y creo que yo no sería capaz de hacerlo. Quienquiera que fuera el dueño de aquel teléfono no se molestó en ayudarla, o bien ella insistió en hacer la llamada en persona.

Eran veinte millas pero yo tenía mi camioneta.

Recuerdo bien aquel día. No sucedía nada realmente malo; la encontré a un costado de la carretera, con la cabeza descubierta, su fino cabello bajo el sol más implacable que yo hubiera visto jamás. Llevaba uno de aquellos trajes de baño con unas cintas anchas que se cruzaban por encima de los hombros. Le quedaba pequeño, como si lo tuviera desde hacía mucho tiempo. En cuanto detuve la camioneta y me bajé, ella, sin moverse, dijo:

–Tengo una amiga. Ella lo está vigilando.

Eso fue todo. Dio media vuelta y me guió hacia el río.

En aquellos días, antes de que lo embalsaran, el

río se ensanchaba a su antojo, un día discurría a toda velocidad, al siguiente despacio. A nadie le preocupaba y siempre que no estaba seco iba cargado con un montón de lodo. Un cuerpo que fuera a parar a aquella corriente podía permanecer oculto mucho tiempo. A los niños se les advertía de que no jugaran por los alrededores.

Pero lo hacían, al igual que lo hicieron sus padres. Por lo tanto los niños veían o encontraban cosas de toda clase. Estaban cubiertos de arañazos y esparadrapo por trepar por sitios por donde gente lo bastante mayor como para hacer cosas malas había pasado antes, o lo había intentado, porque a veces yo y mis chicos los detenemos antes de que lo hagan. En pleno desierto, donde ni siquiera se adentran los animales ni las aves, puedes encontrar un jirón de ropa o una baratija que una vez pertenecieron a una mujer. Eso da que pensar. Las personas sólo se comportan de forma inteligente cuando se mantienen dentro de los límites de la ciudad. Y aun así dan problemas.

Caminaba todo lo en silencio que podía cuando me llegó el olor de la corriente y vi los arbustos y los cactus, que crecían más tupidos en aquellos días, cuando el número de crímenes cometidos en los alrededores del río era alto y los peores delincuentes rondaban a la luz del día. La niña había dado con uno de aquellos rincones donde el agua, que sólo debería servir para aliviar al paseante sediento y abrevar el ganado, incita a hombres y mujeres a desnudarse,

nadar y, en ocasiones, matarse entre ellos. Aquellas aguas se habían tragado a muchos.

Yo los había sacado. Era parte de mi trabajo, como lo era ayudar a vomitar a un borracho o sostener una bacinilla entre las piernas de un encarcelado que estuviera herido y no pudiera apañárselas solo.

Él estaba vivo.

Odio el rastrillo de dragar, con sus puntas oxidadas, colgando del extremo de una cuerda resbaladiza. De todas formas, nunca conseguimos mucho con ese sistema. Tampoco me gustan los botes.

Aquella vez no necesitamos el rastrillo. Y yo había descartado tener que usar la pistola, no con aquella niña que había ido tranquilamente a buscarme, dejando a su amiga a la espera. Pero por si acaso la llevaba preparada.

Los arbustos no nos tapaban del todo. Creo que él nos vio desde el primer instante. No me preocupé; lo que había que hacer era quedarse allí en cuclillas y echar un vistazo antes de darle un susto y, si era necesario, correr tras él. Me tomé mi tiempo. Hay veces, cuando eres sheriff o incluso ayudante, en que debes dar un paso al frente y agarrar sin miramientos a alguien por el hombro o el pelo, manteniendo la cara apartada para que no te la arañen, y sacarlo de allí a rastras. Puede que te vacíen por encima una jarra de cerveza o que recibas algún mordisco, pero tienes que detenerlos. Con rapidez. Prefiero ayudar a una mujer a dar a luz antes que enfrentarme a alguien al que no le importa su integridad. Otras veces, por el contrario, es mejor no moverse.

Vigilamos.

Nos sentamos al sol como si lleváramos unas cañas de pescar y dispusiéramos de todo el día para esperar a que picaran, como si aquella niña y yo, sabiendo que nos mantendrían la cena caliente, no tuviéramos prisa alguna por volver a casa.

El hombre al que vigilábamos, si es que estaba allí para pescar, ya había cogido todos sus peces. Parecía sano y en forma. Lo bastante al menos como para refrescarse nadando en el río, en vez de quedarse plantado en la otra orilla. Creo que la niña también se daba cuenta de ello. Si yo me hubiera puesto en pie y gritado para llamar su atención, él no habría huido. Estaba donde estaba porque eso era exactamente lo que quería. La niña me señaló a su amiga; rubia, sentada en mitad de una lengua de arena que se adentraba en la corriente. Ése era el lugar hacia donde él se lanzaría. En caso de decidirse.

–Está asustada.

–¿Y tú no? –susurré.

La niña rubia –muchos de nuestros niños tienen el pelo tan rubio que casi parece blanco y rara vez se lo cortan– estaba dibujando en la arena. De vez en cuando se acomodaba el traje de baño o volvía la cabeza de una forma que la hacía parecer mayor, como si quisiera huir de allí.

En apariencia él no le prestaba atención, limitándose a contemplar el agua. Yo podría haberlo encarcelado y luego dicho cualquier cosa para justificarlo. Pero, por otro lado, no estaba haciendo nada malo. Sé

cuándo debo contenerme, limitarme a observar la forma de caminar de un hombre o si vacila cuando le preguntas qué está haciendo. Intenté ver lo que hacía con sus manos pero las tenía ocultas. No es que despertara mis sospechas, aunque me habría gustado ver si eran pequeñas y finas o bien si estaban enrojecidas y tenían los dedos romos.

Él tampoco sospechaba de mí; no sabía hasta qué medida puedo escrutar a alguien. Viendo que no le importaría, encendí mi pipa. Me he topado con gente de todo tipo, algunos a los que tenía que guiar personalmente fuera de la ciudad, y una vez allí asegurarme de que seguían caminando hasta perderse de vista; a otros ni siquiera les daba la oportunidad de entrar en la ciudad. Y si detenía a una pareja, podía dejarlos ir, o no. Cuando van de dos en dos tienes que vigilarlos con especial atención.

Sin embargo nunca había visto a alguien que se limitara a permanecer sentado en mitad del desierto. No estaba enfermo; de hecho parecía bastante más sano que la mayoría de la gente de por aquí. Muchos hombres se detienen en el río a beber, a refrescarse los pies, algunos cruzan al otro lado, y eso es todo. Aquél, pensé, tenía una fijación personal con el río. Y predije que eso le traería problemas.

No había ningún árbol que le diera sombra. Podrías imaginarte a aquel hombre en una isla desierta –de hecho, empezaba a ver la orilla opuesta del río de ese modo–, alguien que hubiera sido abandonado allí o arrojado a la costa por las olas. Su

aspecto no permitía saber si era prudente acercarse a él o no. Ya era demasiado tarde para darle el alto. El momento había pasado.

Pero no iba a dejarlo allí para que hiciera lo que quisiera. Porque estaba preparado para hacer algo. Se había quitado los pantalones; colgaban de su hombro cuando llegamos allí. Se me apagó la pipa y descubrí que, de tan ensimismado como lo había estado observando, había empezado a roerla. Todavía llevaba puestos los tirantes, que le colgaban desabrochados. Eran de un amarillo brillante, como una camisa que tuve una vez pero que un ayudante de sheriff nunca podía ponerse.

Si hubiera habido alguna casa cerca lo habría entendido. Pero allí estaba él, proyectando sobre el agua un pequeño parche de sombra, apenas visible por lo oscuro de la corriente; un hombre que no parecía tener intención de causar problemas pero que tampoco poseía un motivo apreciable para estar allí. Medio desnudo, solo y, en apariencia, sin querer que lo molestaran. No le preocupaba la niña rubia, eso estaba claro.

Soy bueno a la hora de calar a un extraño. En mi trabajo descubres que hay hombres muy diferentes a ti, pero no sólo por el hecho de que cuando abren la boca revelan no tener dientes, ni por llevar billeteras con demasiado dinero o con nada en absoluto. La mayoría de los hombres son tontos o inmaduros o están dispuestos a confesarte todos sus secretos a la primera oportunidad. Aquél se limitaba a observar su

reflejo en el agua. Finalmente decidí que no iba a quedarme allí esperando.

–Cariño –dije–, no puedo arrestar a ese hombre.

Ella no contestó.

Si lo hubiera hecho, arrestarlo, la cárcel habría estado repleta de gente como él, hombres que viajaban a pie o que habían salido de su rancho para dar un paseo, y a los que yo nunca había visto antes. Había muchos en aquellos días.

–No está herido –dije–. Tampoco está borracho. No creo que lleve un arma.

Pero tenía una razón para pasarse horas mirando el río.

Tanto si era alguien fugado de una prisión –lo que no parecía probable–, donde lo habrían forzado a trabajar en el campo o asfaltando carreteras, como si por naturaleza tenía una piel resistente, era capaz de soportar el castigo del sol. Eso siempre es útil. No llevaba sombrero. Yo puedo estar al sol todo el día sin que se me nuble la cabeza ni sentir sed siquiera. Vi que él también podía. Pero todo tiene un límite.

Susurré:

–¿No es hora de irnos?

–No –contestó ella.

–Nos vamos.

Puede que estuviera mirando a las niñas, una escondida a medias tras un espino, la otra sentada allí fuera, en la arena, o puede que no. Causar una mala impresión a un par de niñas debía de hacerle sentir tan incómodo como ellas se habían sentido al

ver a un hombre como él sentado en la orilla del río. No sé lo que se le pasó por la cabeza cuando me vio a mí.

Pensé que si me ponía en pie él haría lo mismo. No fue así. Hice que la niña se levantara también y se sacudiera la arena. Cuando me yergo como hice entonces soy lo bastante alto como para que cualquiera me vea. Lo miré atentamente, fijándome en su camisa, que parecía de la misma buena calidad que sus pantalones, en su sereno modo de permanecer encorvado, como si, en caso de tener leña al alcance de la mano, fuera a encender una hoguera. Era un hombre joven.

—Os llevaré a casa, niñas. Alguien os estará esperando.

Pensé que en cuanto nos diésemos la vuelta y nos alejáramos, él se zambulliría en el agua y cruzaría a nado hasta nuestra orilla. En ese caso yo lo habría llevado en la camioneta a donde quisiera. Hay gente que se extravía por ahí fuera, pueden vagar durante millas. Tienen suerte si alguien se ofrece a llevarlos.

Él se quedó.

Probablemente tenía un coche. Nunca lo supe. Pudo haberlo aparcado detrás de una duna, donde nadie sospecharía que hubiera algo; en la mayor parte de aquella zona no había nada de interés. Probablemente lo escondió en algún rincón, junto con sus cosas, cuanto lo convertía en el hombre que realmente era.

Allí es donde yo debería haber buscado.